

# Me Gusta la Universidad de México

**POR MARION MCGUIRE**

(Long Beach, Calif.)

Más de 1,000 estudiantes norteamericanos, "buenos vecinos" todos ellos, invadieron la ciudad de México este verano para concurrir a la sesión de seis semanas de la Universidad Nacional de México. Vivimos en casas mexicanas, comimos la comida mexicana, viajamos en trenes y autobuses mexicanos y absorbimos tanto de la tradición y del colorido de este país latino como nos lo permitieron nuestros diversos temperamentos.

Este verano principió oficialmente con la ceremonia de inauguración en la Universidad. Llenando el patio de la casa de los Mascañones, los estudiantes de Canadá, de los Estados Unidos y de México cantaron sus himnos nacionales. Espontáneas sonrisas atravesaban las tres fronteras para contestar las sonrisas de nuevos amigos.

Nuestro primer problema fué encontrar lugar en qué vivir. Pocos de nosotros teníamos suficiente dinero para alojarnos en un hotel durante

seis semanas. Escasos eran los alojamientos en esta ciudad de dos millones de habitantes, pero fuimos absorbidos por pares, por tríos o por docenas en hospitalarias casas mexicanas. La nuestra era una hermosa casa de dos pisos estucada de blanco; la señora, viuda, hacía las compras, disponía las comidas, vigilaba la limpieza y nos daba consejos maternos cuando los necesitábamos; su hija, bella, reservada y talentosa, daba lecciones de música, y su inglés es excelente; dos sirvientas ayudaban a la señora; Nadina, casi india pura, guisaba, planchaba y contestaba las llamadas a la puerta; Hermelinda, mestiza, limpiaba, lavaba y contestaba el teléfono.

Pronto aprendimos a ajustar nuestros hábitos de alimentación a la rutina mexicana; desayuno a las ocho, comida a las dos o a las tres y una ligera cena o merienda a las ocho o nueve. Nos oponíamos a la idea de la siesta diaria, pero descubrimos que después de comer sopa, arroz, enchiladas, ensalada, tortillas, frijoles y plátanos con una gran taza de espumoso chocolate mexicano, la siesta era muy bienvenida; muy frecuentemente durante nuestro descanso ocurría la famosa lluvia diaria, generalmente después de las tres y antes de las seis de la tarde; entonces nos alegrábamos de despertar y salir a pasear por la ciudad recién lavada. La mayor parte de nosotros preparábamos nuestras clases para la mañana siguiente, de tal manera que podíamos pasar las tardes haciendo exploraciones. Muchos de los profesores preparaban excursiones a lugares interesantes y raros, en la ciudad de México y fuera de ella.

Nuestra más sensacional expedición fué un viaje de tres días al Parícutin. Primero fuimos a Uruapan; allí nos equipamos con pantalones azules para protegernos de las negras cenizas volcánicas; de Uruapan caminamos otra hora hasta el lugar en que está el Parícutin, pueblo del que tomó su nombre el volcán; actualmente está completamente cubierto de lava y el único edificio aún visible es la torre de la iglesia. Se nos proporcionaron caballos, así como guías tarascos de paso firme, y empezamos la ascensión al volcán. En medio de una tenue lluvia, la sombría montaña era un fantasma y los apagados rugidos del volcán sonaban como los ultraterrenales ruidos de los duendes jugadores de boliche de Rip Van Winkle. Al descender la obscuridad empezamos a ver el rojo resplandor; la corriente de

lava, como un gigantesco corazón de acero, se movía lentamente valle abajo. Nos aproximamos como a diez pies de las cataratas flameantes y apuntamos nuestras frías manos al delicioso calor. Cuando llegamos al punto de la mayor visibilidad, el gran cráter vomitaba frente a nosotros rocas, fuego y humo. Las rocas arrojadas de las entrañas de la tierra rodaban por los lados del cono, como estrellas que caían. Admiramos el espectáculo durante cuatro horas, hasta que había transcurrido más de la media noche, y tuvimos que descender de la montaña con la lluvia y el solitario canto de los pájaros como compañeros. Nos dimos cuenta de que habíamos tenido la fortuna de ver esta imponente belleza que muchos de los visitantes de México nunca ven.

Otra puerta escondida de la ciudad de México se abrió para nosotros cuando fuimos llevados, a propósito de una clase de Educación Rural, a visitar una escuela elemental en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Ni siquiera el ómnibus podía llegar al camino en que estaba situada la escuela: tan mal pavimentadas así estaban sus calles. Al pasar por el estrecho sendero entre las pequeñas chozas de adobe, los morenos rostros nos sonreían tímidamente desde todas las puertas y ventanas.

Empezamos a oír aplausos, y cuando estuvimos a la vista de la escuela había en ella quinientos niños, todos con immaculados uniformes almidonados, quienes nos dieron un aplauso por salud. Una orquesta de jóvenes prorrumpió tocando con entusiasmo un aire marcial y tímidas anfitrionas nos obsequiaron a todos con gardenias. Se nos condujo a nuestros asientos, no frente a los niños, sino frente a sus padres. Aquí vimos una demostración del actual programa nacional de alfabetización que está en pie en México. Pequeñas abuelitas de rostros ajados, con sus rebozos cubriendo sus tímidos rostros, pasaron al pizarrón y escribieron: "Mi nombre es María López, tengo 9 hijos." Las madres, con sus pequeñuelos colgándose de las faldas, leyeron para nosotros un libro

de primera enseñanza con voces llenas de orgullo y satisfacción. En cada caso el profesor era presentado con el discípulo; muchos de los maestros eran niños que habían enseñado a sus padres a leer y a escribir. Al final del programa, el Himno Nacional Mexicano resonó en toda su conmovedora sinceridad.

Al finalizar la sesión de verano las clases de bailes típicos dieron una fiesta en la que los estudiantes norteamericanos, vestidos con brillantes trajes mexicanos, bailaron al compás de la música de marimbas y mariachis; el ambiente estuvo impregnado con el aroma de las flores, de las canciones y de la camaradería; al terminar el programa, puestos de pie en el mismo patio en que nuestro verano había empezado seis semanas antes, cantamos los tres Himnos Nacionales cuyas letras ya todos sabíamos. En esta ocasión, cuando las sonrisas fueron correspondidas con sonrisas, todos supimos que éramos buenos amigos y también buenos vecinos.

(Publicado en la revista *Scholastic Teacher*.)

## TENERIA DE PACHUCA

Everardo Márquez

Maestranza N° 1 Pachuca, Hgo.  
Apartado 70 Tel. 2-44

### ESTUDIANTES:

Para sus excursiones y trabajo diario prefieran el famoso calzado



### LA MARCA DE PRESTIGIO

Pedidos C. O. D. y Reembolso enviando el 10% del valor en cheque, giro postal, etc.

### Casas Distribuidoras en el Distrito Federal:

Palma 12-B, Argentina 32, Pino Suárez 50, Guerrero 30, Calz. México-Tacuba (Junto al Cine Tacuba), Av. Peralvillo 60-A, Av. Revolución 119-2, Tacubaya, Zapatería "Bufalo", Av. Brasil 41, Plaza Comonfort 3 "I".

GUADALAJARA, JAL,  
Morelos N° 484

PUEBLA, PUE.  
5 de Mayo 803 "J".

TAMPICO, TAMPS.  
Aurora N° 313 Sur

## INSTITUTO TECNOLOGICO DE MEXICO

DE LA

ASOCIACION MEXICANA DE CULTURA, A. C.

*Escuela Preparatoria*

4º y 5º años

*Escuela de Economía*

1º, 2º, 3º y 4º años

*Escuela de Administración de Negocios*

1º, 2º y 3º años

Palma Norte, 518, 6º piso.

Tels.: 18-68-43 y 36-35-74

MEXICO, D. F.

Director General:

LIC. EDUARDO GARCIA MAYNEZ